

LOS LIBROS DE
SIR

ARTHUR
CONAN
DOYLE

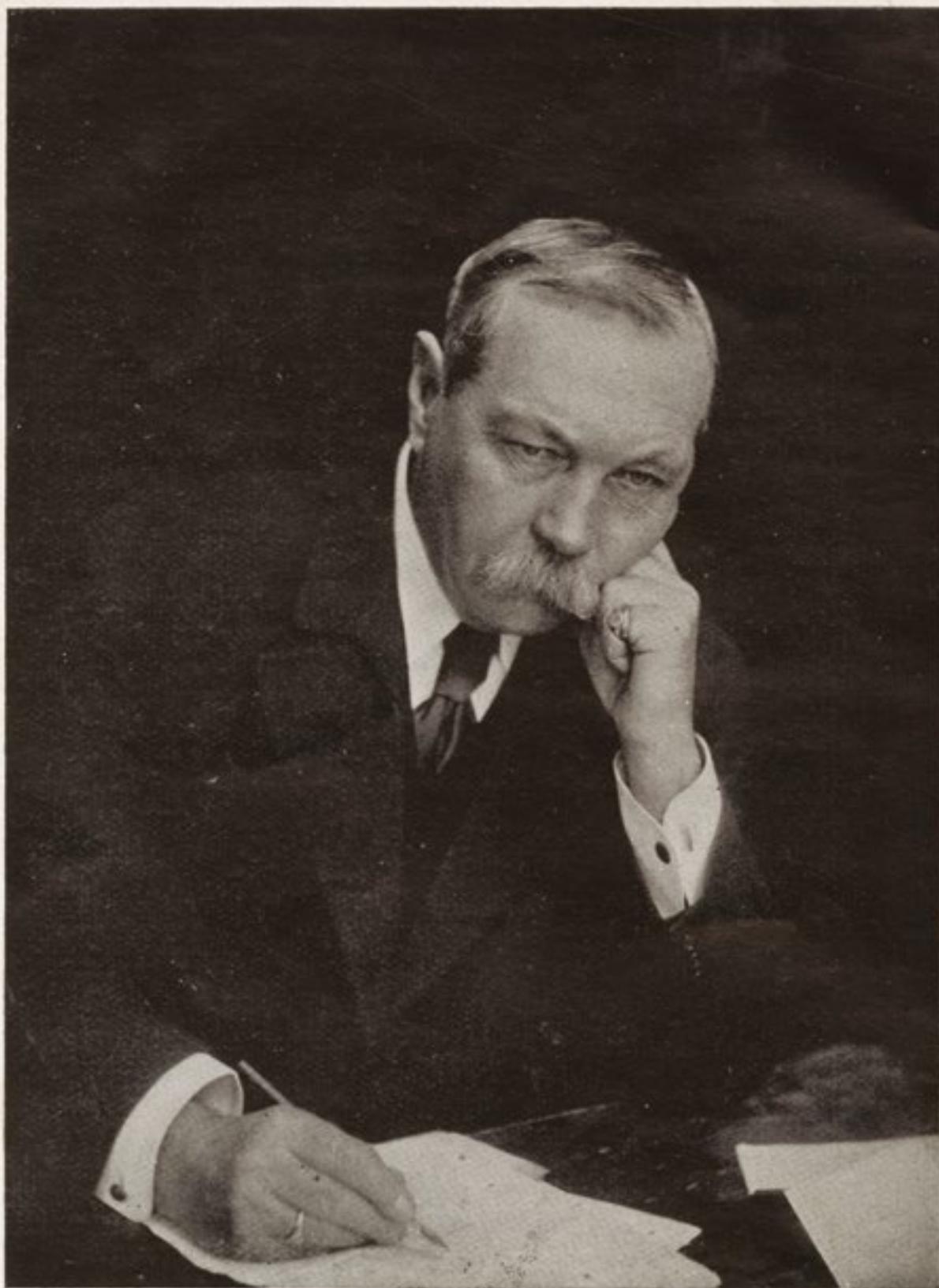


Biblioteca Nacional de la República Argentina
Los libros de sir Arthur Conan Doyle ; contribuciones de Mercedes Giuffré ... [et al.] ; compilado
por Damián Vives. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2019.
96 p. ; 27 x 19,5 cm.

ISBN 978-987-728-107-1

1. Novelas Policiales. I. Giuffré, Mercedes, colab. II. Vives, Damián, comp.
CDD 823

Un diálogo entre bibliotecas Ezequiel Martínez	7
Misterio y magia: la biblioteca de sir Arthur Conan Doyle William Zachs	11
<hr/> SHERLOCK HOLMES <hr/>	
El escritor vs. el detective Damián Vives	27
Absolutamente moderno Ezequiel De Rosso	42
<hr/> EL MUNDO PERDIDO <hr/>	
El profesor Challenger: aventura y ficción científica Damián Vives	54
<hr/> ESPIRITISMO <hr/>	
Las creencias de un racionalista: el espiritismo y los experimentos psíquicos en Arthur Conan Doyle Soledad Quereilhac	67
Arthur Conan Doyle, Houdini y el mundo de los espíritus Damián Vives	79
<hr/> UN HOMBRE DE ACCIÓN <hr/>	
Conan Doyle solidario Mercedes Giuffré	87



W. Ransford

Sir Arthur Conan Doyle

He escrito entre veinte y treinta obras de ficción, libros de historia sobre dos guerras, varios títulos de ciencia paranormal, tres de viajes, uno sobre literatura, varias obras de teatro, dos libros de criminología, dos panfletos políticos, tres poemarios, un libro sobre la infancia y una autobiografía. Para bien o para mal, no creo que haya gente con mayor trayectoria.

Sir Arthur Conan Doyle

LAS CREENCIAS DE UN RACIONALISTA:

EL ESPIRITISMO Y LOS EXPERIMENTOS PSÍQUICOS EN ARTHUR CONAN DOYLE

por Soledad Quereilhac

Doctora en Letras e investigadora del Conicet. Docente universitaria y miembro del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”.

Arthur Conan Doyle fue uno de los últimos exponentes de un lote de hombres de ciencias y letras que integraron las filas del espiritismo moderno y que defendieron sus creencias públicamente, desde la mitad del siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XX. Entre los nombres de ese fascinante grupo, se destacaron algunos cuyas obras y acciones se recuerdan en el presente. Por ejemplo, el norteamericano Robert Hare, profesor de Química de la Universidad de Pensilvania y —en palabras de Conan Doyle— “uno de los primeros hombres eminentes de ciencia que, proponiéndose revelar los engaños del espiritismo, al fin se convirtió a él” (*Historia del espiritismo [HE]*, 1952: 70). También, Alfred Russel Wallace —coautor junto con Darwin de la teoría de la evolución por selección natural—, quien a pesar de haber dado una explicación ciertamente sólida del desarrollo de nuestra especie en la Tierra, estaba convencido de que el Homo sapiens portaba un plus de espiritualidad que los experimentos psíquicos y las sesiones con médiums

develaban. En los pagos de Conan Doyle actuó, asimismo, el químico William Crookes, tan famoso por la creación del tubo que llevaba su nombre como por sus pioneros experimentos con la médium Florence Cook y otros sensitivos de la época. En Francia, se destacó el fisiólogo Charles Richet, que fue uno de los primeros en hablar de “ectoplasma”, esa sustancia blanca, lumínica y palpable, aunque de naturaleza desconocida, que emanaba de los médiums en las sesiones. Y en Italia, “un empedernido materialista” que, según Conan Doyle, “acabó por ser un convencido espiritista” (*HE*, 1952: 238) fue Cesare Lombroso, quien, junto con su grupo experimentador de Minerva, investigó durante años las dotes de la famosa médium Eusapia Palladino.

Tanto estos como muchos otros nombres destacados del ámbito científico europeo y norteamericano —a quienes se sumó el amigo personal de Conan Doyle, Oliver Lodge— consolidaron y expandieron el movimiento espiritista en su faceta más experimental y científicista durante





The History of Spiritualism, Nueva York, George H. Doran Co., 1926.

al menos cinco décadas. El creador de Sherlock Holmes y del profesor Challenger fue acaso el último eslabón de celebridades que, gracias a su prestigio y reconocimiento social, insuflaron altas cuotas de credibilidad a la experimentación psíquica y paranormal en un primer momento, y al espiritismo finalmente. Hacia la década de 1920, cuando muchos de los científicos antes mencionados ya no estaban vivos o no tenían figuración pública, el escritor se había convertido en uno de los más visibles defensores de la causa del espiritismo en Europa y las Américas. Su formación en medicina y el reconocimiento popular por sus narraciones policiales, de horror, históricas y humorísticas, lo situaban claramente en las filas del racionalismo, la formación académica y la erudición, y lejos, por tanto —al menos a priori—, del delirio místico. Conan Doyle acaso fue el último gran nombre de la cultura con formación científica que invirtió tanta energía en la divulgación de la doctrina espiritista.

Esta posición crepuscular le dio una perspectiva de balance para escribir su voluminosa *The History of Spiritualism*, publicada en Londres, Nueva York, Toronto y Melbourne en 1926, una de las historias más completas hasta ese momento, que incluye no solo los episodios que dieron origen al fenómeno en su versión “moderna” (secular y experimental, con pátinas cristianas) en Estados

Unidos y su expansión a Inglaterra y otras zonas de Europa, sino también la reconstrucción de los intentos de corroboración científica de los fenómenos por parte de diferentes instituciones, como universidades, academias y comisiones. Allí, Conan Doyle asegura que, contrariamente a los “inescrupulosos críticos” que sostenían que su adhesión al espiritismo se debía a la pérdida de un hijo en la Gran Guerra, sus “investigaciones datan nada menos que de 1886” (*HE*, 1952: 253). En efecto, inicialmente atraído por los fenómenos paranormales, Doyle decide ingresar a la Society for Psychical Research en 1891, institución de la que formaban parte muchos de los hombres mencionados más arriba. Como miembro, participó de numerosas experiencias: escritura automática (del médium habitado o habitada por un espíritu o por una fuerza de los vivos), mediumnidad parlante, fotografía espiritista, materializaciones de entidades espirituales e impresión de moldes de cera con ectoplasma. Pero solo a partir de 1916 el escritor hace pública su adhesión al espiritismo —como conjunto de creencias y no solo como práctica experimental— en la revista *Light*. Y a los dos años, en su libro *The New Revelation (La nueva revelación)* (1918), termina de confirmar sus razones.

Es interesante cómo el espiritismo ha interpelado, a lo largo de tantas décadas, la sensibilidad de ciertos perfiles: cultos, no dogmáticos, poco propensos a los mitos religiosos clásicos, pero aun así, sedientos de cierto imaginario místico. La clave parece residir en la vuelta de tuerca empírica: el espiritismo ofrece, literalmente, “pruebas” de las creencias religiosas. Como dice Conan Doyle, no funda la creencia sobre la vida después de la muerte en “vagas intuiciones, sino en hechos probados” (*HE*, 1952: 263). Esto es: le coloca un termómetro al alma, mide el peso del espíritu, deja registro gráfico de una visita de ultratumba. Esta única y siempre fascinante combinación de espiritualidad y empirismo fue acervo, como



Sir ARTHUR CONAN DOYLE



LA NUEVA REVELACIÓN: EL ESPIRITISMO

La nueva revelación: el espiritismo, Buenos Aires, Fundación Espírita Allan Kardec, 1997.

Crookes, Wallace y Richet superpuestos a científicos de ficción que se embarcan en locas experimentaciones con el gas del pensamiento, la “fuerza Omega” o la radiografía de una hostia que obtiene una imagen de Cristo. Esto es: tanto en las ficciones de Conan Doyle como en sus pares latinoamericanos, las fantasías giran en torno a la verificación empírica de lo sobrenatural, lo ultraterreno o lo paranormal. Y para ello, las preceptivas positivistas del siglo XIX se reescriben en clave fantástica: si solo lo material es observable, cuantificable y estudiable como objeto de la ciencia, entonces en los relatos el espíritu será material, el pensamiento producirá energía y la vida será un fluido o luz visible, que puede trascender el cuerpo.

Desde 1885, año de la publicación del relato “The Great Keinplatz Experiment” en *Belgravia Magazine*, Conan Doyle incursionó narrativamente en diferentes anécdotas y experiencias con los fantasmas y lo paranormal en clave cien-

es de preverse, de muchas ficciones literarias. Y Conan Doyle fue un hábil pionero de ese tipo de narraciones que en el Río de la Plata conocemos como “fantasías científicas” y cuyos exponentes destacados son, por ejemplo, *Las fuerzas extrañas* (1906) de Leopoldo Lugones, algunos relatos de Ricardo Rojas como “La psiquina” (1905), o algunos cuentos tempranos de Rubén Darío como “Thanatopia” (1893) o “Verónica” (1896, luego renombrado “La extraña muerte de Fray Pedro”). En estas obras aparecen nombrados

tificista o empírica. En aquel relato, compilado luego en *The Captain of the Polestar and Other Tales* (*El capitán del Polestar y otros cuentos*) de 1890, y en *Tales of Twilight and the Unseen* (*Historias del crepúsculo y lo desconocido*) de 1922, se narra un caso de transmigración de almas en vida: el profesor Von Baumgarten intercambia su espíritu con el de su ayudante de laboratorio y, a pesar de que el fenómeno se da ante la vista de un auditorio completo, nadie lo nota. El intercambio da lugar a una serie de enredos graciosos, pero lo importante es



THE
CAPTAIN OF THE POLESTAR

AND OTHER TALES.

BY

A. CONAN DOYLE,

AUTHOR OF "MICAH CLARKE," ETC.



EIGHTH EDITION.

LONGMANS, GREEN, AND CO.

LONDON, NEW YORK, AND BOMBAY.

1896.

All rights reserved.

que, como señala el narrador, “la teoría ha quedado demostrada”, si bien nadie les cree. No se ha tratado de un embrujo ni de un pase de magia, sino de un experimento hecho por un “famoso anatomista, químico destacado y uno de los primeros fisiólogos europeos” que buscaba edificar los cimientos de “una nueva ciencia exacta que abarcaría el mesmerismo, el espiritismo y todos los campos afines”.

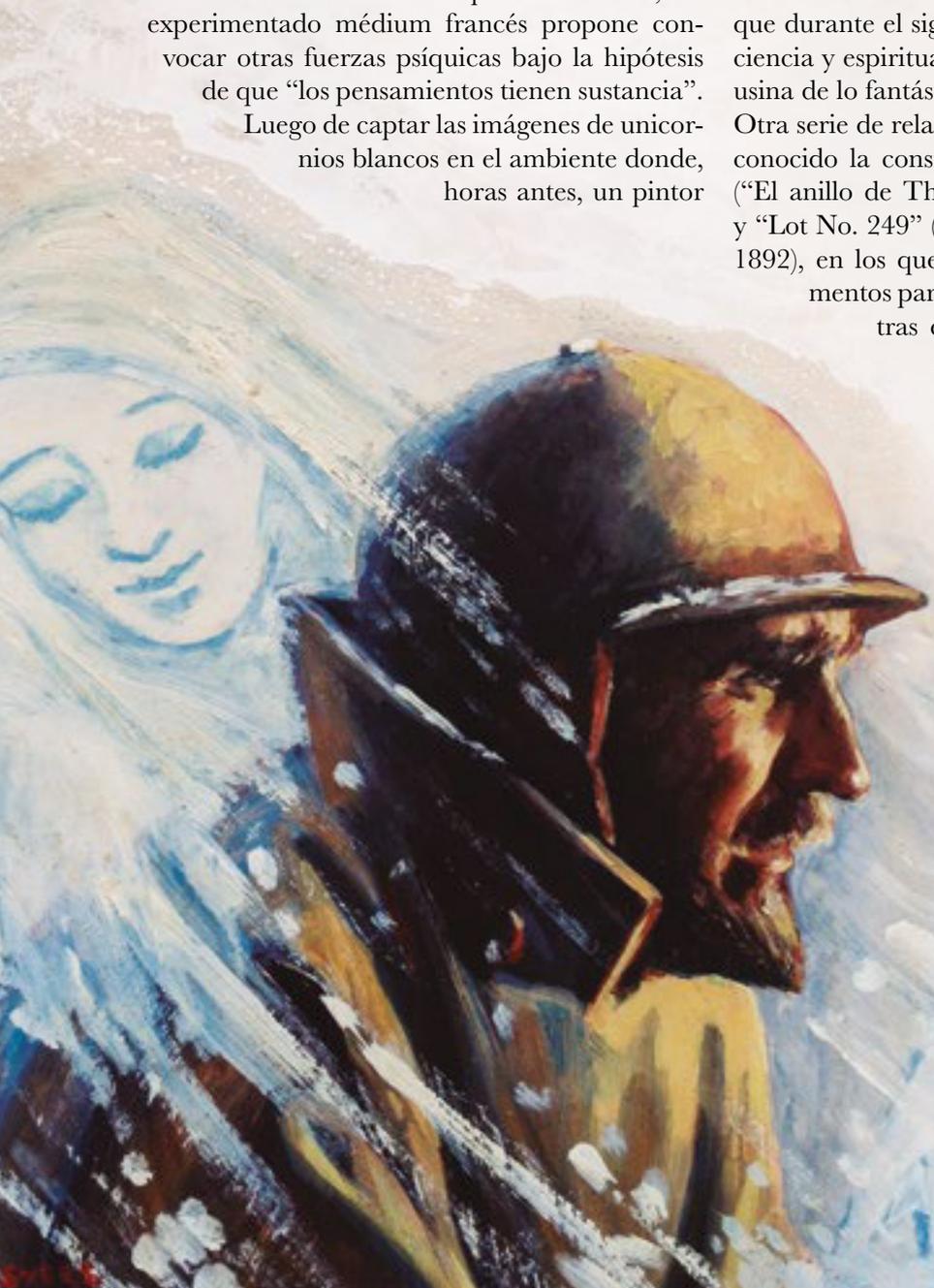
En otro relato, ciertamente muy bien logrado, “Playing with Fire” (*The Strand Magazine*, 1900; también incluido luego en el libro de 1922), se narra una particular sesión espiritista: tras entrar en contacto con un espíritu ordinario, un experimentado médium francés propone convocar otras fuerzas psíquicas bajo la hipótesis de que “los pensamientos tienen sustancia”.

Luego de captar las imágenes de unicornios blancos en el ambiente donde, horas antes, un pintor

efectivamente hubo pensado en ellos, el médium logra materializar esa imagen mental y una brutal escena de terror se desencadena al instante: un unicornio real irrumpe en la sala a oscuras y comienza a lastimar a todos los presentes. Ecos de este imaginario perviven también en nuestra literatura, como en “El origen del diluvio. Narración de un espíritu” (1906), de Leopoldo Lugones, en el que una sesión medianímica arroja la materialización de una sirena del mundo antiguo, aunque en Conan Doyle la narración tiende a derivar, por lo general, en el horror. Estos imaginarios comunes, presentes en la literatura de ambos lados del Atlántico, son indicio de que durante el siglo XIX el raro maridaje entre ciencia y espiritualismo constituía una auténtica usina de lo fantástico.

Otra serie de relatos sobre lo misterioso y lo desconocido la constituyen “The Ring of Thoth” (“El anillo de Thoth”) (*Cornhill Magazine*, 1890) y “Lot No. 249” (“Lote 249”) (*Harper’s Magazine*, 1892), en los que la egiptología provee los elementos para el fantástico y el terror. Mientras

en el primero, un hombre del antiguo Egipto logra obtener un elixir de la inmortalidad y vive cerca de cuatro mil años en busca de un anillo (que halla, imperialismo europeo mediante, en el Museo Louvre), en el segundo, un joven estudiante de la Universidad de Oxford logra revivir una momia egipcia y perpetrar con ella graves crímenes. Auténtico relato de terror gótico, el propio Rudyard Kipling ha dicho que



Arte de tapa para *Captain of the Polestar*.
The John Murray Collection, Londres.



D. FAIRY OFFERING FLOWERS TO IRIS.

Copyright. Photograph taken August, 1920.



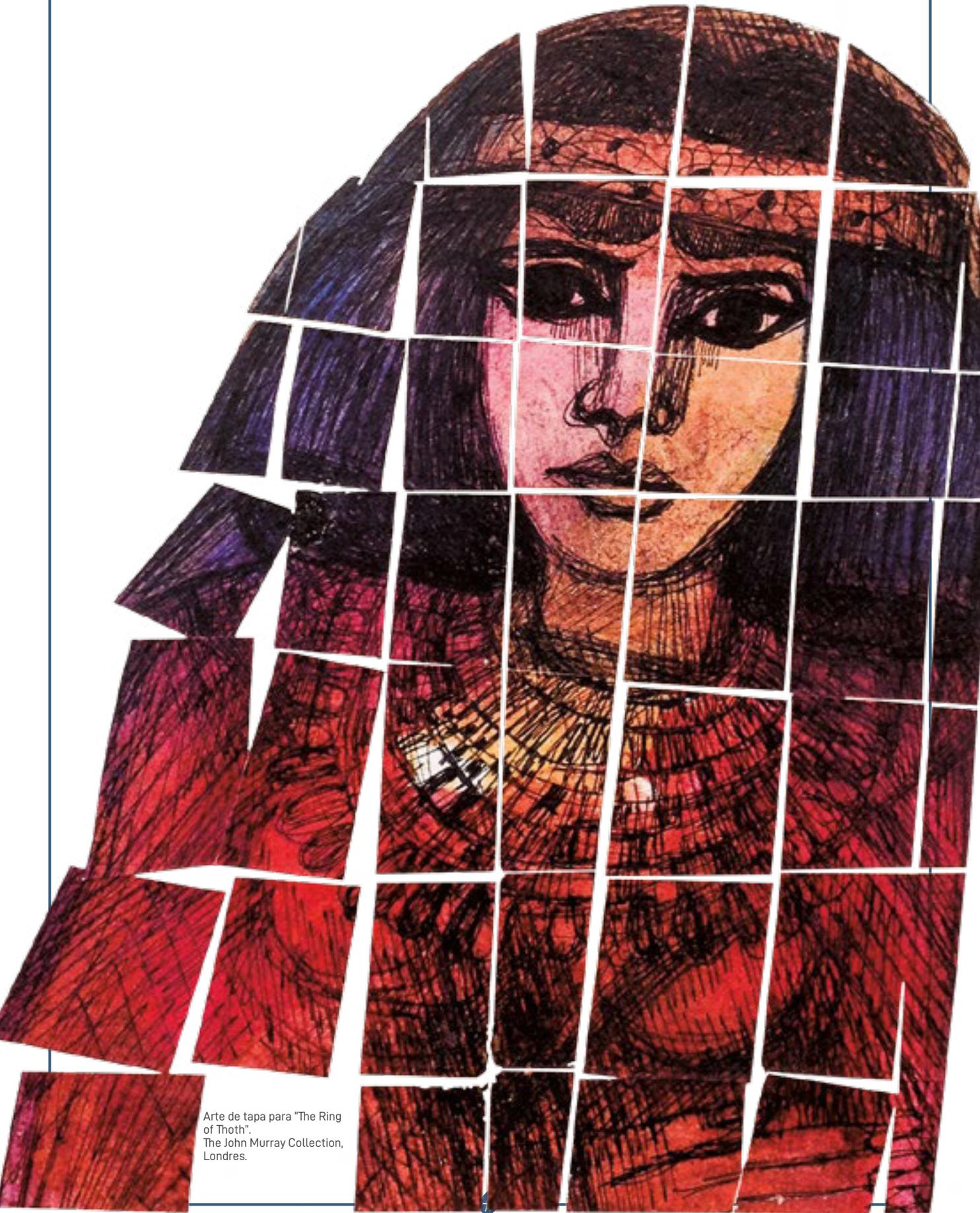
Historias del crepúsculo y de lo desconocido,
Madrid, Valdemar, 1989.

tras su lectura de “Lot No. 249” “ha tenido pesadillas como nunca en años”. Cabe destacar que en ambos textos quienes resultan los testigos y, por tanto, verificadores del prodigio de ultratumba, son hombres de ciencia: un egiptólogo en el primer caso y un estudiante de Medicina en el segundo. En estos textos, no se busca insinuar hechos sobrenaturales, sino presentarlos como reales, desplegados frente a la atónita mirada de la ciencia “materialista”.

Otra deriva de la férrea relación de Arthur Conan Doyle con el espiritismo fue la fotografía espiritista. Si bien el autor no se dedicaba a sacar fotos, sí investigó en esta práctica como herramienta de corroboración de los fenómenos y, también, como forma de “revelación” (valga la redundancia) de realidades ocultas a simple vista. En el notable catálogo de la muestra *The Perfect Medium. Photography and the Occult*, celebrada en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York en 2004, se reconstruyen las experiencias de Conan Doyle con el fotógrafo espiritista William Hope y se citan algunas de sus observaciones concluyentes: “las fotografías espiritistas de Hope reprodujeron imágenes exactas de los muertos que no se correspondían con ninguna fotografía de ellos tomadas en vida” (Schmidt, 2004: 92). Parte de estas experiencias constituyeron el material de su libro *The Case for Spirit Photography* (1923). Unos años antes, el escritor había dado crédito de unas fotografías obtenidas por dos niñas de 9 y 16 años, en las que se distinguían pequeñas hadas en un escenario de bosque, en la localidad de Yorkshire. Parte de su investigación sobre las hadas —cuya existencia ya defendía desde antes— fue volcada en *The Coming of the Fairies* (1922). Como en todos los casos de fotografía espiritista, los encarnizados debates



Leopoldo Lugones, *Las fuerzas extrañas*, Buenos Aires, Arnoldo Moen y hermano, 1906.



Arte de tapa para "The Ring of Thoth".
The John Murray Collection,
Londres.



Ilustraciones de Sidney Paget para *Playing with Fire*, *The Strand Magazine*, marzo de 1900.

sobre la eventual autenticidad de las imágenes se hicieron escuchar, y en el caso de las imágenes de las hadas, aun con más fuerza de lo habitual. A la luz de las cuatro fotografías que se reproducen en *The Perfect Medium* es imposible no ver el montaje, pero probablemente la mirada y la valoración sobre la fotografía como “prueba” veraz, en la década de 1920, fuese muy diferente a la actual. Lo cierto es que hacia 1981, la menor de las hermanas, ya con 73 años, confesó que las fotografías eran producto de un truco de montaje. Las hadas habían provenido nada menos que de una revista ilustrada de la época.

Desde una perspectiva contemporánea, la convivencia del espiritismo con la ciencia y la experimentación parece un contrasentido. Pero en las largas décadas de entre siglos, esa rara conjunción fue posible: no solo les permitió a muchos sujetos albergar un cúmulo de “creencias razonadas”, sino que además dio origen a un sólido capítulo de literatura fantástica en muchos países. Arthur Conan Doyle pasó buena parte de su vida intentando atar los hilos de lo que alguna vez llamó ese gran “telégrafo espiritual”.

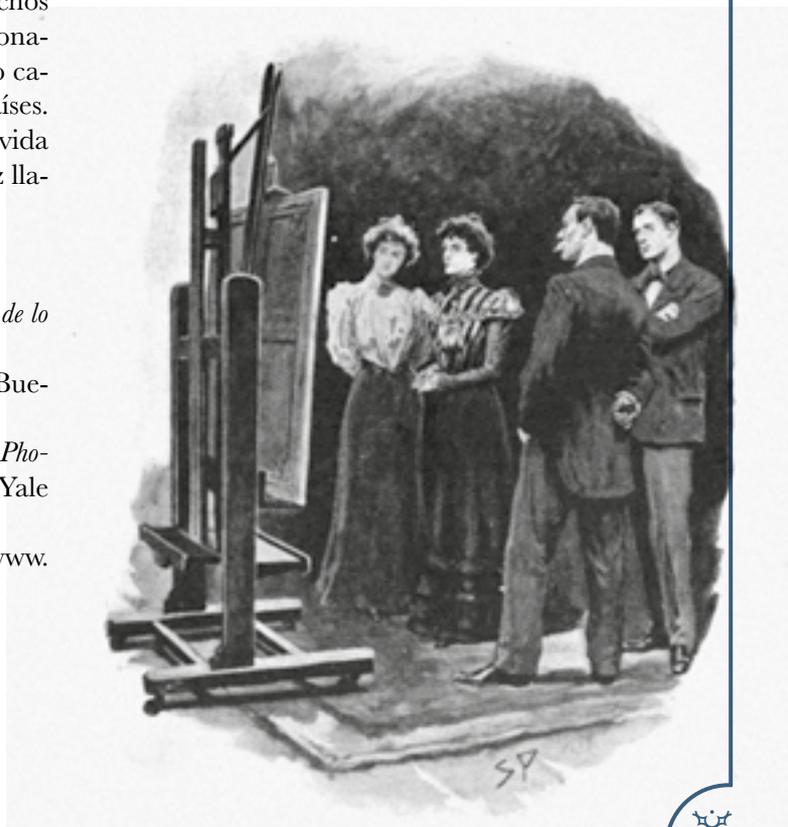
Bibliografía consultada

Arthur Conan Doyle, *Historias del crepúsculo y de lo desconocido*, Madrid, Valdemar, 2000.

Arthur Conan Doyle, *Historia del espiritismo*, Buenos Aires, Schapire, 1952.

Clément Chéroux et ál., *The Perfect Medium: Photography and the Occult*, New Haven/Londres, Yale University Press, 2004.

The Arthur Conan Doyle Encyclopedia, www.arthur-conan-doyle.com.



THE STRAND MAGAZINE.

Vol. xix.

MARCH, 1900.

No. 111.

Playing with Fire.

BY A. CONAN DOYLE.



I CANNOT pretend to say what occurred upon the 14th of April last at No. 17, Badderly Gardens. Put down in black and white, my surmise might seem too crude, too grotesque, for serious consideration. And yet that something did occur, and that it was of a nature which will leave its mark upon every one of us for the rest of our lives, is as certain as the unanimous testimony of five witnesses can make it. I will not enter into any argument or speculation. I will only give a plain statement, which will be submitted to John Moir, Harvey Deacon, and Mrs. Delamere, and withheld from publication unless they are prepared to corroborate every detail. I cannot obtain the sanction of Paul Le Duc, for he appears to have left the country.

It was John Moir (the well-known senior partner of Moir, Moir, and Sanderson) who had originally turned our attention to occult subjects. He had, like many very hard and practical men of business, a mystic side to his nature, which had led him to the examination, and eventually to the acceptance, of those elusive phenomena which are grouped together with much that is foolish, and much that is fraudulent, under the common heading of spiritualism. His researches, which had begun with an open mind, ended unhappily in dogma, and he became as positive and fanatical as any other bigot. He represented in our little group the body of men who have turned these singular phenomena into a new religion.

Mrs. Delamere, our medium, was his sister, the wife of Delamere, the rising sculptor. Our experience had shown us that to work on these subjects without a medium was as futile as for an astronomer to make observations without a telescope. On the other hand, the introduction of a paid medium was hateful to all of us. Was it not obvious that he or she would feel bound to return some result for money received, and that the temp-

Vol. xix.—31.

tation to fraud would be an overpowering one? No phenomena could be relied upon which were produced at a guinea an hour. But, fortunately, Moir had discovered that his sister was mediumistic—in other words, that she was a battery of that animal magnetic force which is the only form of energy which is subtle enough to be acted upon from the spiritual plane as well as from our own material one. Of course, when I say this, I do not mean to beg the question; but I am simply indicating the theories upon which we were ourselves, rightly or wrongly, explaining what we saw. The lady came, not altogether with the approval of her husband, and though she never gave indications of any very great psychic force, we were able, at least, to obtain those usual phenomena of message-tilting which are at the same time so puerile and so inexplicable. Every Sunday evening we met in Harvey Deacon's studio at Badderly Gardens, the next house to the corner of Merton Park Road.

Harvey Deacon's imaginative work in art would prepare anyone to find that he was an ardent lover of everything which was *outré* and sensational. A certain picturesqueness in the study of the occult had been the quality which had originally attracted him to it, but his attention was speedily arrested by some of those phenomena to which I have referred, and he was coming rapidly to the conclusion that what he had looked upon as an amusing romance and an after-dinner entertainment was really a very formidable reality. He is a man with a remarkably clear and logical brain—a true descendant of his ancestor, the well-known Scotch professor—and he represented in our small circle the critical element, the man who has no prejudices, is prepared to follow facts as far as he can see them, and refuses to theorize in advance of his data. His caution annoyed Moir as much as the latter's robust faith amused Deacon, but each in his own way was equally keen upon the matter.

And I? What am I to say that I repre-



